

# LOS INTERESES DE SARKOZY Y LAS TRIBULACIONES DE LA POLÍTICA FRANCESA HACIA LIBIA

*Dr. Onésimo Julián Moreira*  
Universidad de Quintana Roo, Mexico

---

## Abstract

The French foreign policy process that accompanied the birth of the Fifth Republic and the collapse of the colonial system was inspired by the idea of greatness (*grandeur de La France*). National pride in the exercise of foreign policy, operated for many years as a counterweight to the decline of its international position as a power. However, from De Gaulle to Chirac, French policy was able to get some achievements based on a design that combined the national interest with the idea of *grandeur*. Although some scholars argue that “the foreign policy of no other Western state is driven by such narcissism” (Muravchick, 2007), other studies focus on the particularities of the French political system and the concept of monochromatic presidential government (Elgie & Griggs, 2000), a system of government in which the president decides the contents of the policy and is responsible for their successes and failures. For the Mediterranean region, the policy of the governments of the Fifth Republic acted on broadly similar principles until Nicolas Sarkozy came to power. Therefore, this paper focuses on the changes that occurred in the French position towards the Mediterranean region during the presidential term of Sarkozy and stresses the president’s unequivocal responsibility. Furthermore, the article emphasizes the direct engagement of France during the events in Libya in 2011 as the result of a personal interest rather than a foreign policy design.

---

**Keywords:** France, Libya, Sarkozy, Arab Spring

## Introducción:

El orgullo nacional en el ejercicio de la política exterior, sirvió por muchos años de contrapeso al declive de la posición internacional de Francia. Tras la pérdida de su mundo colonial y la consiguiente merma de su influencia como potencia mundial, la política exterior de la Quinta República se refugió en el concepto de *la grandeur de La France*. Sin embargo, eso no significa que la política francesa sólo se haya regido por los efectos del

narcisismo y de los latidos de su corazón como sugiere Muravchick (2007). Por el contrario, desde De Gaulle hasta Chirac, la política francesa fue capaz de conseguir algunos logros basados en un diseño que combinaba el interés nacional con esa idea de la grandeza.

Al mismo tiempo, el discurso ha variado con los años aunque el sueño de la *grandeur* ha estado gravitando en las relaciones internacionales a lo largo de toda la Quinta República. No obstante, sus interpretaciones desde el *Palais de l'Élysée* varían en aproximaciones que van de la presunción elegante a la vanidad caricaturesca.

La manera en la que el orgullo francés pudo encarnar en las gestiones de De Gaulle, Mitterrand, Chirac, e incluso Pompidou y Giscard d'Estaing con sus mandatos simples, contribuyó considerablemente al posicionamiento de Francia para el reacomodo internacional que había significado la pérdida de los territorios coloniales, en un mundo en el que otros actores estaban ejerciendo un protagonismo que le restaba importancia al rol francés.

A esa situación contribuyeron las peculiaridades del sistema político francés y la influencia decisiva de la gestión presidencial en la toma de decisiones, fundamentalmente en los períodos sin cohabitación política que han sido la mayoría históricamente, en lo que se denomina gobierno presidencial monocromático ((Elgie & Griggs, 2000).

La Francia que durante más de medio siglo se esforzó por conjugar su orgullo nacional con su posición de potencia venida a menos, le debe mucho al ejercicio de sus liderazgos que, al ser observados en retrospectiva, reflejan una clara distancia con respecto a la frivolidad política mostrada por la gestión presidencial de Nicolás Sarkozy (2007-2012), cuyos resultados denotan la trivial ambivalencia de sus decisiones.

En esa mediocridad radica el sustento de determinadas acciones de su manejo exterior, que a los ojos de los observadores pueden resultar incomprensibles y ajenas a toda lógica política. La posición francesa hacia Libia en la primavera de 2011 encaja cabalmente en esa apreciación.

En ese sentido, también las inconsistencias y las actitudes ambivalentes del accionar político del líder libio Muamar Gadafi durante más de cuatro décadas en el poder, sin ser determinantes, se deben conjugar como factores para ser tenidos en cuenta en el escenario que propiciaron las decisiones francesas hacia Libia durante la denominada primavera árabe.

Por consiguiente, este artículo examina el accionar del gobierno francés hacia Libia como una resultante del cambio de conducta en la visión de Francia y de su política exterior desde la llegada al poder de Nicolas Sarkozy. Al mismo tiempo, se pretende dar respuesta a las interrogantes que se abren acerca de las causas, motivaciones y propósitos que generaron tal posición.

Después de presentarse como abanderado de las buenas relaciones con Libia a su llegada al poder en 2007 y de encabezar un proyecto de integración mediterránea, Nicolás Sarkozy emerge en el año 2011 como el principal generador de la intervención militar en Libia y del derrocamiento de Muamar Gadafi, a quien había ofrecido hasta entonces unas muestras de simpatía no vistas antes en la posición de ninguno de sus predecesores.

De modo que este trabajo se adentra en la búsqueda de respuestas hacia el papel jugado por Francia como promotora de la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas (ONU) y de las causas que explican la ambivalencia política de Nicolás Sarkozy, en contraposición con la conducta tradicional de la política exterior de la Quinta República hacia la región mediterránea. ¿En qué medida la participación francesa directa en los sucesos de la denominada Primavera Árabe en Libia es consecuencia del diseño racional de una política exterior o es derivación de un afán personal? Esa es la principal interrogación que este artículo se propone responder.

### **Política exterior francesa, OTAN, revuelta popular en Libia y las contradicciones de Sarkozy**

Sarkozy heredó una situación en las relaciones franco-libias que ya había despejado el espíritu del aislamiento internacional del país norafricano; desde años antes, Francia se había sumado a la actitud occidental de rehabilitación del régimen libio. Sin embargo, Sarkozy llevó esa situación a una posición de compromiso intenso, que iba mucho más allá de la tolerancia y del mero reconocimiento hacia el supuesto arrepentimiento de Gadafi por las reprobables acciones emprendidas en el pasado.

De esa manera, en el año 2007 Sarkozy asumió la presidencia de la república no solamente haciendo suponer que consideraba al régimen libio como un actor genuino en el panorama internacional, sino también como un potencial aliado para el diseño de su política exterior en el entorno mediterráneo.

Entre los caballos de batalla de Sarkozy estaba la denominada Unión por el Mediterráneo (UpM), organización en la que se empeñó desde su campaña presidencial y que terminó inaugurando en julio del año 2008. Esta organización es resultante de una casi olvidada propuesta española de 1995 que se conoció como Proyecto de Barcelona y sustituta de la *Euromed* que supuestamente estaba encaminada al desarrollo de los países mediterráneos; lo que hizo Sarkozy fue retomarla como UpM y erigirse en su principal promotor.

En el planteo de la vecindad geográfica de la Unión Europea (UE) hacia su entorno es importante distinguir (y, al parecer, así lo asume Sarkozy) entre la vecindad intraeuropea enfocada a posibles candidatos a la

membresía y la vecindad con los países no europeos, concentrada esta última en cálculos de significados económicos y geopolíticos.

La idea de una unión mediterránea copiada del proyecto de integración europea, estaba condenada al fracaso. Según Marc Deger (2010), cualquier intento de integración en el Mediterráneo tiene ante sí una causa que lo bloquea: el conflicto israelo-palestino.

En ese sentido la Unión por el Mediterráneo para las ansias protagónicas de Sarkozy se inscribe dentro de una filosofía pragmática que, a pesar de ser una organización numéricamente amplia, le permitiría encauzar una política selectiva, dentro de la cual Libia es un objetivo primordial. Por otro lado, ese proyecto también se encamina a legitimar al estado de Israel dentro del contexto comunitario y hace descansar en el eje París-Londres una importancia mayor que la que tradicionalmente tuvo el eje París-Bonn (París-Berlín después de la reunificación alemana) en el proceso de integración europea (Meysan, 2008).

Sin embargo, más allá de lo que la UpM hubiera podido significar para enaltecer el protagonismo de Sarkozy, se produjo también otra decisión del presidente francés que significativamente apunta en esa dirección. Después de más de cuatro décadas de una postura francesa que, independientemente del partido político que estuviese en el gobierno, se había mantenido respetuosa hacia la determinación del General Charles de Gaulle de preservar la autonomía francesa dentro de las estructuras de la alianza atlántica, en el año 2009 el presidente Nicolás Sarkozy dispuso el regreso de Francia al comando militar integrado de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

En 1966, De Gaulle había puesto fin a la disputa franco-norteamericana dentro de la alianza al decidir la retirada francesa del comando militar integrado y de esa manera reasumir la independencia de su política exterior; esa decisión no sólo significó que el cuartel general de la OTAN se mudara de París a Bruselas sino también la evacuación de veintisiete mil soldados, treinta y siete mil empleados y treinta bases aéreas, terrestres y navales (Vidal, 2008).

El anuncio de Sarkozy de revertir esa situación cuarenta y tres años después, aparte del significado efectista, al mostrarse más pronorteamericano que sus predecesores, lleva el sello de las ansias protagónicas con la participación francesa en la toma de decisiones militares importantes, en una época en la que ya no existen los argumentos que condicionaron la fundación de la alianza atlántica en 1949.

A pesar de que en 1996 ya Francia había decidido regresar al seno del consejo de ministros y del comité militar de la OTAN, la cuestión de la no inclusión en el comando integrado se había mantenido incólume hasta Sarkozy, como elemento distintivo del rechazo francés a la subordinación de

sus fuerzas y a comprometerlas, por consiguiente, de manera automática en decisiones no tomadas por la propia Francia (De la Gorce, 1996).

Una vez más nos enfrentamos a la influencia que tiene el rol de la personalidad en la historia; según Enrique Hett, “se ha dicho que Sarkozy es profundamente pro americano, que incluso es un neoconservador. No es falso, pero no es toda la verdad. La verdad es que Sarkozy es ante todo profundamente Sarkozysta y que el Sarkozismo consiste en satisfacer un anhelo desmesurado de protagonismo, incluso a costa del interés de su país” (Hett, 2009).

No obstante, el accionar de Sarkozy tras la decisión de regresar al comando integrado, sin que pudiera esquivar a la subordinación con respecto a la hegemonía norteamericana, sí pone de manifiesto que el regreso francés tenía un propósito más cercano a la búsqueda de hacer oír su voz como potencia militar que disciplinadamente someterse a la visión de otros, lo cual también lleva la marca del delirio sarkoziano.

La conducta francesa hacia la cuestión libia pone de manifiesto ese afán de liderazgo e interés por ser escuchado, aunque el propósito de emerger como político duro se haya finalmente revertido en todo lo contrario. Y es que no sólo en el aspecto de las potencialidades militares francesas y el diseño neocolonial de la UpM se aprecia ese propósito, sino también en el pavoneo de una Francia supuestamente decisiva dentro de la Unión Europea (UE).

Por consiguiente, la actitud impregnada de oportunismo hacia Libia en la primavera de 2011, que contradice las maniobras de la política francesa en el pasado inmediato, sugiere una calculada operación de ansias de protagonismo; recién estrenado en el cargo de jefe de Estado, Nicolás Sarkozy asumió las banderas de la liberación de las enfermeras búlgaras, encarceladas por el régimen de Gadafi desde hacía ocho años bajo la acusación de inocular el virus del sida a ciudadanos libios. Una Bulgaria que acababa de incorporarse a la UE, tuvo ante sí a una Francia pujando por un liderazgo dentro del ente supranacional, con la hasta entonces oficialmente primera dama Cecilia Sarkozy viajando a Trípoli para encargarse de manera personal de las negociaciones que condujeron a la liberación de las enfermeras, cuyo aterrizaje en París fue mostrado como una victoria presidencial.

La evidencia de la involucración personal del presidente francés en ese tema, despertó las suspicacias acerca de hasta qué punto serían ciertas las conjeturas de posibles acuerdos secretos con el régimen libio antes y durante la campaña electoral de Sarkozy. El fantasma de las acusaciones de financiamiento por parte de Libia a la carrera presidencial de Sarkozy se mantiene presente; primero existía la sospecha de manejos turbios y de encuentros entre personajes del entorno político íntimo de Sarkozy con

figuras del régimen libio y, por último, las acusaciones directas hechas por uno de los hijos de Gadafi sobre una contribución de cincuenta millones de euros a la campaña presidencial, así como las revelaciones de *Mediapart* (Arfi & Laske, 2012) que presumiblemente lo corroboran, con una investigación sobre una red financiera encubierta a través de Panamá y un banco suizo y que tendría como organizador al traficante de armas radicado en Francia Ziad Takieddine, personaje de quien se conoce su cercanía con importantes políticos franceses y que mantenía vínculos con varias figuras del entorno familiar y político de Gadafi .

Otro elemento que no debe pasarse por alto en el análisis de las actitudes de Sarkozy con respecto a la cuestión libia es el concerniente a su situación en el cuadro de la política interna francesa, precisamente en el último año de su mandato y con todas las intenciones de querer encabezar un segundo periodo presidencial tras las elecciones que se celebrarían en 2012.

En el momento en que se desencadena la revuelta popular en Libia, la derecha xenófoba del Frente Nacional mostraba una intención de voto muy favorable en las encuestas; Sarkozy se había estado moviendo con celeridad para captar ese sector del electorado que exige una posición dura contra la inmigración (tanto magrebí como subsahariana), de modo que comenzó a mostrar una cara ultranacionalista y a expresar políticas abiertamente identificadas con la discriminación étnica y racial. Primero lanzó la campaña de expulsión de los gitanos (incluso de aquellos con documentos rumanos o búlgaros y, por tanto, ciudadanos de la UE desde 2007), lo cual trajo reacciones fuertes de la Comisión Europea, con menciones comparativas entre la política de Sarkozy y la de Hitler. La vicepresidenta de la Comisión Europea, Viviane Reding, manifestó que una situación similar no se había visto en Europa desde la Segunda Guerra Mundial (BBC, 2010; Wojazer, 2010).

Posteriormente, Francia decretó la expulsión de miles de migrantes tunecinos y libios, acción acompañada de las declaraciones del ministro del interior Claude Guéant acerca de que el tema de la inmigración estaba haciendo que los franceses no se sintieran en casa. Este mismo personaje, en varias ocasiones, también tuvo durante 2010 y 2011 expresiones que pudieran ser consideradas condenatorias hacia el islam; incluso el propio Sarkozy llegó a declarar que en un país laico no debía haber llamados a la oración (Le Nouvel Observateur, 2011), en clara alusión al islam que, dicho sea de paso, es la segunda religión en Francia.

Tratar de conducir el debate sobre la laicidad republicana hacia una especie de reglamentación del islam ("*Un islam de France et non un islam en France*"), tenía, por supuesto, segundas intenciones en momentos en los que se estaba tratando de captar al electorado ultranacionalista y en los que ya se habían iniciado las revueltas populares en el mundo árabe.

El grado de participación de Francia y de Estados Unidos en la cuestión libia en 2011 parece haber tenido conexiones y propósitos similares aunque con dimensiones inversas. En ambos países está presente la cuestión electoral. Ante un presidente Obama que, en las postrimerías de su primer mandato, con claras intenciones de ser reelecto y todavía con las secuelas de Irak y Afganistán vivas en la opinión pública, evita el protagonismo en aventuras militares, emerge un Sarkozy ávido de interpretar un rol protagónico que lo eleve en la apreciación del electorado y lo muestre como líder de talla internacional.

Obama entiende que intervenir militarmente en Libia, o en cualquier otro de los países árabes convulsionados para entonces, le puede acarrear dificultades para su reelección. Sarkozy asume lo contrario, esto es, que su figura aparecerá como líder del llamado mundo libre con una determinación que les faltó a los norteamericanos y que eso sería presumiblemente bueno para su reelección. Obama ganó las elecciones de 2012 y Sarkozy no sólo fue derrotado sino que salió muy mal parado, con secuelas que todavía arrastra.

Por consiguiente, más allá de otras especulaciones acerca de las motivaciones francesas para asumir un rol de liderazgo en las acciones militares que llevaron al derrocamiento del régimen de Gadafi y su consecuente captura y linchamiento, la cuestión de la política interna y principalmente el tema electoral, parece haber tenido una significación importante.

Entre las otras especulaciones, el fantasma del supuesto financiamiento de Libia a la campaña electoral de la Unión por un Movimiento Popular (UMP) de Sarkozy en 2007 sigue gravitando, aunque existe un proceso judicial abierto y poco se conoce sobre esas acusaciones. Aun cuando se probara que esa financiación fue real, su vinculación con el liderazgo francés en la cuestión libia en 2011 permanecería en el terreno imaginativo, y sólo en la medida en que la eliminación política y física de Gadafi significara para Sarkozy el quitarse de arriba las reclamaciones por las supuestas promesas no cumplidas a cambio de esa financiación. Esa interpretación resulta poco probable, tanto por la naturaleza ilegítima de tal financiación como por la historia de desatinos éticos que ha mostrado Nicolás Sarkozy en su carrera política.

En el supuesto caso de que ese asunto del financiamiento de la campaña fuera una motivación con el suficiente peso como para emprender un protagonismo contra Libia, cuáles serían las promesas no cumplidas por Sarkozy que pudieran llevarlo a una condición de desespero tal que sólo la desaparición de Gadafi y su Jamahiriyah pudieran despejarlo: ¿la remodelación de la flota aérea libia con nuevos y modernos *Mirages*?, ¿sólo el ansia de protagonismo?, ¿enaltecer el reestreno francés en el comando integrado de la OTAN con una acción eficaz?, ¿intereses petroleros?,

¿búsqueda de mercado para la industria armamentista francesa? Sin dudas, pudiera ser la combinación de todos esos factores.

El comportamiento francés en sus relaciones con Libia hasta 2011 sirve para definir que, cualquiera(s) que haya(n) sido la(s) motivación(es) real(es), se produjo un considerable cambio más o menos repentino. Y con esas decisiones Sarkozy logró demostrar que la supuesta buena vecindad con Libia no era sincera y también se proponía despejar, en caso de que haya sido cierto, el fantasma de la contribución libia a su campaña, borrando con el desmantelamiento absoluto del régimen de Gadafi toda huella de esas transacciones ilegales.

En el 2007, tras ganar las elecciones presidenciales, Sarkozy se estrenó enseguida viajando a Trípoli en mayo y también recibiendo con altos honores y mucha suntuosidad a Gadafi en París. De esos intercambios surgieron importantes acuerdos que comprometían a Francia con los proyectos libios: agua, desalinización, tecnología nuclear para uso civil, armamentos, etc. Los intereses que pudieran haber motivado ese marcado interés francés en las buenas relaciones con Libia, pueden estar más relacionados con el tema de la supuesta financiación de la campaña que lo que lo estarían las acciones protagónicas en el aspecto militar en 2011.

Según ha sugerido Caroline Delage (2011), es harto conocido que los asuntos vinculados a los derechos humanos están bastante lejos de ser el único interés en esta toma de iniciativa francesa en la escena internacional, mientras que Halimi (2011) se cuestiona si existe alguien que crea que un Estado, cualquiera que sea, realmente consagra sus recursos y sus ejércitos al cumplimiento de los objetivos democráticos.

Los intereses franceses en Libia tienen una larga historia que pasa por las rivalidades franco-italianas desde la época del colonialismo clásico. Tras la independencia libia en 1951, en pleno escenario de la guerra fría, se puso de manifiesto la posición desventajosa de Francia con respecto a Gran Bretaña y Estados Unidos. Años después, esa situación conduciría a una actitud arriesgada por parte del Presidente Pompidou para ganar un espacio: se aventuró a concederle a Gadafi los primeros aviones *Mirage*, aun cuando eso significaría una clara advertencia para Israel. Sin embargo, era una posición muy a tono con la visión de la Francia contestataria dentro de la OTAN que había diseñado De Gaulle.

La llegada de Gadafi al poder en 1969 había significado el fin de la influencia británica y norteamericana en Libia, comenzando con la retirada decretada por el Consejo Militar Revolucionario de las bases militares de ambos países, lo que, por consiguiente, alentaría las viejas aspiraciones francesas sobre el territorio. De esa manera, la decisión del presidente Pompidou de, simultáneamente, distanciarse de Israel y comprometerse en la venta de aviones y asesoramiento a los libios, vendría en cierta medida a

buscar un espacio que le retribuyera a Francia algo a cambio de su quebrantada posición regional, tras la pérdida de las posesiones del Magreb (fundamentalmente el cercano trauma argelino).

Estableciendo una comparación histórica, tenemos que la controversia que De Gaulle puso de manifiesto en los sesenta al retirar la participación francesa de la estructura militar de la OTAN, y que luego fue continuada por Pompidou, trataba no sólo de Francia sino de una visión de distanciamiento europeo hacia los Estados Unidos, mientras que para Sarkozy el regreso al comando militar integrado se trata de una posición discordante, de un andar por su cuenta, de un distanciamiento individual francés que lo llevó a contradicciones con la política de la UE hacia África del Norte y el Medio Oriente.

En esa contradicción se inserta el argumento según el cual, con su protagonismo para que el Consejo de Seguridad de la ONU aprobara la zona de exclusión aérea y la consiguiente intervención militar extranjera en la que participó, Francia intentaba ayudar a las acciones de los rebeldes libios con la intención de detener la continua violación de los derechos humanos del régimen de Gadafi. Ese argumento carece de coherencia si se tiene en cuenta la actitud pasiva de Sarkozy ante los eventos que se desarrollaron antes en Túnez y Egipto, así como el hecho de que, en la cruzada contra Gadafi, Francia tuviera de aliado al régimen monárquico absolutista qatari.

¿Se trata de que la posición francesa se hubiera congelado antes en su pasividad y ahora, con su rol protagónico, buscaba ganar el terreno perdido en su política de pretendida potencia mediterránea? ¿O simplemente el tema libio era de especial sensibilidad para la política interna francesa?

Es importante tener en cuenta otros aspectos de la situación. En ocasiones las ciencias sociales contemporáneas adolecen de una excesiva teorización que pretende explicar todos los fenómenos a través de esquemas y recetas preconcebidas; esa tendencia es particularmente marcada en el análisis de los fenómenos provocados por situaciones políticas internacionales que, en gran medida, escapan a los estándares de las escuelas predominantes en la disciplina de las relaciones internacionales. Sin embargo, en este caso particular de las enrevesadas y cambiantes relaciones franco-libias es muy trascendente el comportamiento personal, el cual a veces se desatiende en virtud de la búsqueda de explicaciones desde la perspectiva de la economía, la racionalidad y la coherencia de los proyectos políticos a gran escala.

Para este caso, hagamos un alto ante las dos figuras protagónicas: Gadafi y Sarkozy. Se trata de dos individuos con características similares en lo que concierne a su vocación altanera hacia lo impredecible y en su cinismo; sin embargo, con la gran diferencia de que el primero fue capaz de ejercer esa especialidad por más de cuarenta años, abrigado en una aureola

de líder natural y de político sagaz, capaz de moldear un sistema político a su conveniencia, mientras que el segundo demostró ser un político mediocre y torpe cuyos descalabros no fueron mayores gracias a la limitación de facultades que la constitución francesa concede a la figura presidencial.

De un lado nos aparece la megalomanía de Sarkozy y del otro lado hay un Gadafi cuyo poder absoluto sobre la Jamahiriyah lo llevaba a un grado tal de enajenación que llegó a pretender que, acusando a los rebeldes de ser miembros de Al Qaeda podría manipular a la opinión pública internacional y recibir aprobación hacia su respuesta despiadada contra los manifestantes, lo cual, por el contrario, le restó la poca credibilidad que ya tenía y que fue aprovechada por Sarkozy en su afán por legitimar su protagonismo.

La enajenación de Gadafi era tan grande que, con todo su lúcido olfato político demostrado durante décadas, no fue capaz de percibir la verdadera dimensión de la situación ni de calcular la degradación de su popularidad en amplios sectores de la sociedad libia.

En ese sentido, un análisis que se escape de la tradicional intención de relacionar las acciones políticas con hechos tangibles y comprobables estadísticamente, más allá de la subjetividad de los políticos, pudiera dar peso e importancia a lo aparentemente impredecible. Tanto Gadafi como Sarkozy mostraron en mayor o menor medida su condición hacia lo impredecible en diferentes momentos de su actuación política.

A través de la historia se pueden observar las idas y venidas de Gadafi, ya sea con Anuar Sadat, con Hafez Al-Assad, con los propios franceses; de anticomunista furibundo a pro-soviético en los ochentas, lo cual propició que las fuerzas aéreas libias fueran una de las pocas en el mundo que contaba con aviones *Mig* y *Mirages*, como alegoría a la supuesta tercera vía que la creación de la Jamahiriyah enunciaba.

Por último, de promotor de acciones terroristas de impacto internacional a una manifestación de arrepentimiento que acepta indemnizar a sus víctimas. A Gadafi la rehabilitación no le permitió pasar la prueba de la franqueza, teniendo ante sí a otro campeón de la simulación como el ex presidente Sarkozy.

En resumen, muchas han sido las especulaciones acerca de las motivaciones que tuvo el gobierno francés para asumir ese rol protagónico contra Libia. Los juicios con fundamentos más lógicos carecen de bases documentales suficientes para ser consideradas como indiscutibles. Aunque diferentes fuentes con cierta confiabilidad aseveran que el gobierno libio contribuyó a la campaña presidencial de Sarkozy en 2007 con cincuenta millones de euros, todavía no han salido a la luz los detalles concretos de tales transacciones, ni cuáles hubieran sido las promesas de pago: el proceso de investigación continúa abierto.

Sin embargo, el hecho de que hasta ahora los tribunales franceses no hayan hallado (o al menos no las han mostrado) evidencias contundentes acerca de las afirmaciones publicadas por *Mediapart*, así como de miembros de la familia de Gadafi y de importantes representantes de su régimen, no hace de por sí desaparecer las suspicacias sobre lo que la justicia y la prensa francesas denominan *el caso Gadafi*, esto es, la presunta financiación irregular por parte del dictador libio de la campaña electoral de la UMP en 2007.

Sigue presente la importancia del rol de las motivaciones personales más allá de la elaboración de una política de interés nacional, el efecto de la baja popularidad a comienzos del 2011 y su intención de reelegirse en 2012, el empeño de Sarkozy en minimizar la opinión que lo relacionaba con sobornos y dineros libios en su campaña electoral (sea cierta o no esa opinión), la necesidad de una demostración creíble que beneficiara su popularidad al captar tradicionales votantes del Frente Nacional, a través del espejismo de que una acción militar contra un país árabe lo reforzaría como anti-islamista, para efectos de una imagen favorable dentro del electorado ultranacionalista, tal como ya se había puesto de manifiesto con la expulsión de gitanos y con la represión de los movimientos musulmanes desarrollados en París meses antes del inicio de la revuelta en Libia.

Independientemente de que la insurrección en Libia y la consiguiente repuesta del gobierno de Gadafi hubiesen tenido lugar o no, los ejércitos francés y británico tenían previstas maniobras conjuntas para la primavera de 2011, las cuales se insertan en la lógica sarkozyana de reforzar la alianza con los británicos y hacer menos palpable la dependencia de Estados Unidos, ante las críticas que dentro y fuera de Francia había recibido la decisión de regresar al comando militar conjunto de la OTAN.

De modo que los eventos que tuvieron lugar y que desencadenaron la aprobación y aplicación de la Resolución 1973, promovida por Francia en el Consejo de Seguridad de la ONU, lo único que hicieron fue cambiar el escenario de las operaciones y su carácter: de puro ejercicio de entrenamiento a la acción real.

Las consecuencias de esas acciones militares que llevaron al derrocamiento del régimen y al linchamiento de Gadafi son bien conocidas: la anarquía generalizada, la presencia de bandas armadas sobre las que no existe control y que hacen de la inseguridad el plato fuerte de la sociedad libia, mientras que, por otro lado, el régimen emergido tras el fin de Gadafi muestra no ser más democrático al establecer la sharía como fundamento legislativo institucional y echar por tierra importantes conquistas sociales, fundamentalmente en términos de género.

¿Garantizó Francia con sus acciones una transformación democrática en Libia? Por supuesto que no. Como era de esperarse, aunque reconoció la

legitimidad de la intervención aérea en Libia por tratarse de un acuerdo del Consejo de Seguridad de la ONU, el socialista François Hollande, vencedor de Sarkozy en la segunda vuelta y actual presidente francés, se distanció sutil y temporalmente de la posición francesa; primero, criticando la doble moral de Sarkozy que atacaba al mismo Gadafi que antes recibió con fastuosidad sin reparar en sus crímenes contra los derechos humanos (Le Figaro, 2011) y después, ya en la presidencia, ratificando su posición de una política francesa no intervencionista en África, lo cual no lo libra de estar pronunciándose hacia el caso sirio en términos similares a los que su predecesor utilizó con respecto a Libia.

No obstante ese discurso del actual presidente francés de distanciamiento hacia la denominada *Françafrique* y el compromiso con las aventuras neocoloniales (retiró anticipadamente las tropas francesas de Afganistán no más llegó al poder), Hollande tomó la decisión de ordenar la intervención francesa en Mali para combatir a los tuaregs armados que al regresar de su misión mercenaria en Libia se rebelaron y consiguieron la colaboración de un sector del ejército maliense para imponer la sharía en los territorios que fueron ocupando a base de terror.

Por otra parte, más allá de la retórica del no intervencionismo, el Presidente François Hollande ha dado el visto bueno para los bombardeos de la aviación francesa contra el denominado Estado Islámico en Irak (Willsher, 2014), aunque, hasta el momento, mantiene su compromiso de no enviar tropas.

## **Conclusion**

El ejercicio en el poder de Nicolás Sarkozy entre 2007 y 2012, sacudió importantes pilares de la tradicional política exterior de la Quinta República Francesa. El regreso francés al comando militar integrado de la OTAN se traduce en un distanciamiento del europeísmo defendido por sus predecesores, para en su lugar intentar una recuperación de la imagen de potencia mundial, cuyos efectos resultaron ser todo lo contrario.

La búsqueda de un protagonismo dentro de la UE, al trazar una política hacia el entorno mediterráneo que proyectaba una integración sin bases coherentes, puso de manifiesto un interés por erosionar la maquinaria franco-alemana de la construcción europea y sustituirla por la franco-británica, como una especie de manto para darle cabida a Israel. El fracaso de esa propuesta de integración mediterránea era esperado desde su anuncio, por el rechazo de los países árabes a la convivencia con Israel y por carecer del apoyo de un importante sector de la UE.

La posición francesa hacia Libia durante el mandato de Sarkozy es la más elocuente prueba de la ambivalencia política del ex-presidente. El papel de intermediario del mundo occidental para la rehabilitación del régimen

libio y de su líder Muamar Gadafi escondía segundas intenciones, en un espectro que abarca desde intereses petroleros hasta ansias de protagonismo. El empeño sarkozyano por estrechar las relaciones con Libia, más allá de la reivindicación de Gadafi, levanta conjeturas que refuerzan las presunciones de financiamiento ilegal de la campaña presidencial de 2007 con importantes contribuciones del régimen libio.

El cambio repentino de la posición francesa hacia Libia, de considerar al gobierno de ese país como aliado a señalarlo como el principal enemigo, escapa a cualquier óptica teórica de diseño de política exterior. La asunción de liderazgo de Sarkozy contra el régimen libio, primero impulsando la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de la ONU y después encabezando directamente las acciones militares, denota el doblez ético de la política exterior francesa en el período 2007-2012. Por otra parte, el cariz de defensa de las tradiciones democráticas francesas y de promoción de los derechos humanos que la administración de Sarkozy pretendió darle a su intervención militar y política en los sucesos libios de la primavera de 2011, carece de fundamentos.

El presidente Sarkozy no sólo se había mostrado tolerante ante las violaciones de los derechos humanos en Libia antes de 2011, sino que había legitimado tales violaciones con una estrecha relación franco-libia desde 2007. La actitud pasiva de la política exterior francesa con respecto a las revueltas populares en Túnez y en Egipto, que precedieron a los disturbios en Libia, pone de manifiesto una falta de coherencia en el discurso que se enarboló para justificar el interés y la acción directa en el caso libio.

Las aspiraciones personales de Nicolás Sarkozy y su propósito de incidir sobre el panorama electoral francés para una posible reelección, establecen una apreciable circunstancia en las motivaciones que explican los repentinos cambios de óptica de la política francesa hacia Libia.

Por último, el frenesí de liderazgo de Sarkozy expresa una combinación de la *grandeur de La France* y la *grandeur du Président*, lo cual llevó a la política francesa a una encrucijada en Libia y con efectos hacia su perspectiva de toda la región mediterránea. Sin embargo, las consecuencias de la intervención francesa en Libia y su contribución al fin de la dictadura de Gadafi no se traducen en el establecimiento de una Libia democrática; por el contrario, el caos, la inseguridad y la violencia se han entronizado en la Libia post-Jamahiriyah sin que existan señales de control, sin que los organismos internacionales estén en condiciones de tomar cartas en el asunto y sin que las ampulosas declaraciones hechas por Sarkozy a nombre de la libertad hayan mostrado ser genuinas.

### Referencias:

- Arfi, F. et Laske, K. (2012, 12 Mars). Exclusive: secret report describes Gaddafi funding of Sarkozy's 2007 election campaign. *Mediapart*. Retrieved from <http://www.mediapart.fr/journal/international/120312/exclusive-secret-report-describes-gaddafi-funding-sarkozys-2007-electio>
- BBC (2010, September 16). France faces showdown on Roma at European Union summit. *BBC News Europe*. Retrieved from <http://www.bbc.co.uk/news/world-europe-11323053>
- De la Gorce, P.M. (1996, Janvier). Retour honteux de la France dans l'OTAN. *Le Monde Diplomatique*, p.7.
- Delage C. (2011) LA LIBYE, LA FRANCE ET L'OTAN : Un triangle complexe aux enjeux multi scalaires, en: [http://defense.ac-montpellier.fr/pdf/cercle/LIBYE\\_FRANCE\\_OTAN\\_triangle.pdf](http://defense.ac-montpellier.fr/pdf/cercle/LIBYE_FRANCE_OTAN_triangle.pdf)
- Deger, M (2010, Novembre 16). Union pour la Méditerranée : le naufrage du projet de Sarkozy. *Le Nouvel Observateur*. Retrieved from <http://rue89.nouvelobs.com/2010/11/16/union-pour-la-mediterranee-le-naufrage-du-projet-de-sarkozy-176175>
- Elgie R. & Griggs S. (2000). *French Politics. Debates and Controversies*. London and New York: Routledge
- Halimi, S. (2011, avril). Les Pièges d'une guerre. *Monde Diplomatique*, n°685.
- Hett, E. (2009, marzo 19). Catastrófica frivolidad (El mundo al vuelo). *El Mexicano*. Retrieved from <http://www.oem.com.mx/ELMEXICANO/notas/n1089981.htm>
- Le Nouvel Observateur (2011, 17 février). Nicolas Sarkozy veut encadrer l'Islam. *Le Nouvel Observateur*, p. 11.
- Le Figaro (2011, 22 août ). Libye: Hollande critique Sarkozy. *Le Figaro*
- Meysan, T. (2008, mayo 6). Unión Mediterránea: la retórica del presidente francés Sarkozy ante la dura realidad. [Web log message]. Retrieved from <http://www.voltairenet.org/article156926.html>
- Muravchick, J. (2007, March 22). France's "Grandeur". *Commentary*. Retrieved from <http://www.commentarymagazine.com/2007/03/22/frances-grandeur/>
- Vidal, D. (2008, avril). L'Alliance atlantique à la recherche de nouvelles missions: ce que voulait de Gaulle en 1966. *Le Monde Diplomatique*, p.16.
- Willsher, K. (2014, September 19). France bombs Isis depot in Iraq. *The Guardian*.
- Wojazer, P (2010, octobre 28). Sarkozy répond aux nouvelles attaques de Viviane Reding. *L'Express*.